

# PRESENTACIÓN

FRANCISCO JOSÉ PRIETO FERNÁNDEZ

*Arzobispo de Santiago de Compostela*

En el horizonte amplio de la historia de la Iglesia hay figuras cuya obra no se mide únicamente por la magnitud visible de sus realizaciones, sino por la capacidad de transformar silenciosamente las estructuras de la memoria y del saber. Estos tres volúmenes misceláneos de la revista *Annuario Sancti Iacobi* del Archivo-Biblioteca de la Catedral de Santiago de Compostela quieren rendir homenaje a uno de esos hombres: D. José M.<sup>a</sup> Díaz Fernández (1930-2025), sacerdote, canónigo, archivero y deán de la catedral compostelana, que, desde la dedicación propia de su oficio, supo comprender que custodiar documentos no es conservar papeles, sino preservar la memoria viva de un pueblo creyente y de una cultura.

El archivo catedralicio, frente a la errónea percepción de concebirlo como mero depósito estático de documentos, fue para D. José María un organismo vivo, en continua relación con la Iglesia que lo generó y con la sociedad a la que sirve. Bajo su impulso, dejó de ser un espacio reservado a especialistas aislados para convertirse en una institución académica abierta, en diálogo constante con la universidad y con los más exigentes ámbitos científicos de las humanidades. Este tránsito —de archivo cerrado a centro de investigación— no fue solo una modernización técnica, sino una verdadera reforma intelectual y eclesial.

La Iglesia, a lo largo de los siglos, ha sido consciente de que su memoria no le pertenece en exclusiva, sino que forma parte del patrimonio de la humanidad. Como se ha señalado en una reflexión sobre los archivos eclesiásticos, “la memoria de la Iglesia se convirtió en la memoria de una gran parte de la humanidad. Y, por ende, la memoria cristiana no pertenece a la Iglesia solamente, y ella no podría comportarse como si fuese su propietaria, decidiendo con arbitrariedad de guardar esto y de rechazar lo otro. No es su propietaria y no lo puede ser. Todo lo contrario: le incumbe velar cuidadosamente por este yacimiento, que sin ser el de la fe, no es menos valioso opreciado”<sup>1</sup>. Desde esta convicción, el trabajo archivístico adquiere

---

<sup>1</sup> BRUGUÈS, Jean-Louis, “Iglesia y Memoria: la Biblioteca y el Archivo Secreto Vaticano”, *Teología y Vida*, 55/2, 2014, p. 380.

una dimensión que trasciende lo meramente técnico: es un servicio a la verdad histórica, a la identidad eclesial y al bien común cultural.

En su tarea como archivero, D. José María entendió profundamente esta responsabilidad. Su labor no se limitó a la organización interna del archivo, sino que promovió de manera sistemática la catalogación rigurosa de los fondos, su estudio crítico y su publicación científica. A lo largo de décadas, este esfuerzo sostenido permitió que los documentos dejaran de ser materiales inertes para convertirse en fuentes activas de conocimiento. La apertura a investigadores, la colaboración con instituciones académicas y la promoción de proyectos editoriales configuraron un ecosistema intelectual fecundo, en el que generaciones de historiadores y humanistas encontraron un lugar de formación y de inicio de sus trayectorias profesionales.

Este dinamismo no puede entenderse sin situarlo en el contexto más amplio de la misión misma de la Iglesia, en la que se sitúa y se entiende la importancia de los archivos como espacios de transparencia, de investigación y de servicio a la verdad. El papa Francisco, al dirigirse a los responsables del Archivo Apostólico Vaticano, ha reconocido “el trabajo paciente y escrupuloso” de los archiveros, subrayando el valor de su tarea en la preparación y puesta a disposición de la documentación histórica: “es un trabajo que se efectúa en silencio y lejos del clamor, cultiva la memoria y, en cierto sentido, me parece que pueda compararse con el cultivo de un árbol majestuoso, cuyas ramas se extienden hacia el cielo, pero cuyas raíces están sólidamente ancladas en la tierra. Si comparamos este árbol con la Iglesia, vemos que tiende hacia el Cielo, donde está nuestra tierra y nuestro último horizonte; las raíces, sin embargo, se hunden en el terreno de la misma Encarnación del Verbo en la historia, en el tiempo. Vosotros, archivistas, con vuestra paciente fatiga, trabajáis en estas raíces y contribuís a mantenerlas vivas, para que también las ramas más verdes y más jóvenes del árbol obtengan la buena savia para su crecimiento en el futuro”<sup>2</sup>. Esta valoración no es meramente funcional: expresa una visión en la que el archivo es lugar de memoria, pero también de discernimiento e investigación para conocer las raíces vitales que nos definen como sociedad y como Iglesia.

La Iglesia no teme a la historia y su patrimonio documental constituye un bien “tan precioso para la Iglesia católica como para la cultura universal”<sup>3</sup>. Estas palabras condensan una eclesiología de la memoria: lejos de ocultar, la Iglesia está llamada a ofrecer sus fuentes al estudio crítico, confiando en que la verdad histórica, aun cuando sea compleja, es siempre un camino de purificación y de encuentro.

---

<sup>2</sup> FRANCISCO, Papa, *Discurso a los oficiales del Archivo Secreto Vaticano* (4 de marzo de 2019).

<sup>3</sup> FRANCISCO, Papa, *Carta Apostólica en forma de «motu proprio» para el cambio de nombre de Archivo Secreto Vaticano a Archivo Apostólico Vaticano* (22 de octubre de 2019).

En su trabajo como archivero, D. José María Díaz fue puente en múltiples sentidos. En primer lugar, entre pasado y presente: rescatando documentos, organizándolos y haciéndolos accesibles, permitió que la tradición dialogara con las preguntas contemporáneas. En segundo lugar, entre Iglesia y academia: su apertura a la Universidad y a los investigadores externos convirtió el archivo en un lugar de encuentro donde la fe y la razón, la teología y las ciencias históricas, podían enriquecerse mutuamente. Finalmente, fue puente entre la institución eclesial y la sociedad civil, mostrando que el patrimonio de la Iglesia no es un tesoro encerrado, sino una riqueza compartida.

No es menor el hecho de que esta labor haya tenido una dimensión formativa. A lo largo de los años, el Archivo de la Catedral de Santiago de Compostela se convirtió en una verdadera escuela. Numerosos investigadores encontraron allí no solo acceso a fuentes, sino acompañamiento intelectual, orientación metodológica y estímulo vocacional. En este sentido, D. José María no fue solo un gestor de documentos, sino un maestro en el sentido más pleno: alguien que introduce en una tradición de estudio, que transmite criterios y que suscita nuevas vocaciones científicas.

Este carácter generativo del archivo conecta profundamente con la naturaleza misma de la Iglesia, entendida no solo como institución, sino como familia y comunidad de transmisión. La memoria que custodian los archivos no es una memoria muerta, sino una memoria creyente, atravesada por la experiencia de Dios en la historia. Por eso, el trabajo archivístico, cuando se realiza con conciencia eclesial, participa de alguna manera en la misión de la Iglesia: hacer presente, en cada tiempo, la acción de Dios en la historia humana.

Desde esta perspectiva, el archivo se sitúa en un cruce particularmente fecundo entre espiritualidad, teología y cultura. Los documentos que conserva no son únicamente fuentes para la historia, sino también testimonios de fe, expresiones de vida eclesial, huellas de procesos espirituales y pastorales. Su estudio no solo enriquece el conocimiento académico, sino que puede alimentar la reflexión teológica y la vida espiritual. En este sentido, el trabajo del archivero adquiere una dimensión casi sacramental: hace visible y accesible una memoria que remite, en última instancia, al misterio de la acción de Dios en el tiempo.

La miscelánea que ahora se presenta quiere ser, por tanto, más que un reconocimiento personal. Es también una celebración de una forma de entender el archivo y la investigación histórica en la Iglesia. Los estudios aquí reunidos son fruto, directa o indirectamente, de ese impulso inicial que abrió caminos, generó redes y estableció un estilo. En ellos se percibe la huella de un modo de trabajar que combina rigor científico, apertura intelectual y sentido eclesial.

Al recorrer estas páginas, el lector podrá apreciar la diversidad de temas, enfoques y metodologías que caracterizan hoy la tarea encomiable, y no siempre reconocida socialmente, del paciente investigador. Pero, más allá de esta diversidad, hay un hilo conductor que las une: la convicción de que el estudio del pasado no es un ejercicio erudito sin consecuencias, sino una tarea que ilumina el presente y orienta el futuro. En este sentido, la obra de D. José María continúa dando fruto, no solo en los documentos que ordenó y puso a disposición, sino en las investigaciones que esos documentos han hecho posibles.

En un tiempo en el que la relación entre Iglesia y cultura se enfrenta a nuevos desafíos, los trabajos publicados en esta miscelánea ofrecen una clave de lectura particularmente actual. Frente a la tentación del repliegue o de la autosuficiencia, muestran la fecundidad del diálogo, de la apertura y de la confianza en la verdad. Frente a la fragmentación del saber, nos recuerdan la necesidad de espacios donde las distintas disciplinas puedan encontrarse. Y frente al riesgo de perder la memoria, subrayan la importancia de custodiar, estudiar y transmitir el patrimonio recibido.

Así, este homenaje no se limita a mirar al pasado con gratitud, sino que invita a mirar al futuro con responsabilidad. La tarea iniciada continúa abierta. Los archivos, y el Archivo de nuestra Catedral, siguen necesitando ser catalogados, estudiados y difundidos; nuevas generaciones de investigadores esperan encontrar en ellos un lugar de formación; la Iglesia y la sociedad siguen necesitando de una memoria viva que ilumine su camino.

Que estas páginas sirvan, por tanto, no solo para reconocer una trayectoria al servicio de la Iglesia y de la sociedad, sino también para renovar el compromiso con una misión que permanece: custodiar la memoria, servir a la verdad y tender puentes entre la fe y la cultura. En ello, el legado de D. José María Díaz permanece como una referencia significativa y una invitación exigente. Una invitación que podemos verbalizar en palabras del papa León XIV dirigidas a los estudiosos, profesores, estudiantes, investigadores, agentes del patrimonio cultural, responsables eclesíásticos y laicos: “su trabajo es valioso. No se dejen desanimar por las dificultades... Sean incansables en la búsqueda, rigurosos en el análisis, apasionados en la divulgación. Y, sobre todo, sean fieles al sentido profundo de su compromiso: hacer visible el Verbo de la vida, dar testimonio de que Dios se ha hecho carne, que la salvación ha dejado huellas, que el Misterio se ha convertido en narración histórica”<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> LEÓN XIV, Papa, *Carta Apostólica sobre la importancia de la Arqueología con ocasión del Centenario del Pontificio Instituto de Arqueología Cristiana* (11 de diciembre de 2025).